Fauna Guardianes

CENTOR

El fantasma de la poza

RÓBALO · Una aventura ilustrada





01

Lo que cuentan en la barra

En la barra de Frontera, todo el mundo sabía que en la poza del muelle viejo vivía un fantasma.

—Me arrancó un róbalo de la línea —contó Chente en la marisquería de Damián—. Lo tenía ya, pesadito. Algo jaló desde abajo y me cortó el hilo. Limpiecito.

—A mí se me quedó atorado el anzuelo tres veces —dijo otro—. Como si lo agarrara una mano.

—Yo vi una sombra del tamaño de una lancha —dijo Damián, y bajó la voz—. Por eso ya nadie pesca ahí.

Tavo había llegado a pasar las vacaciones de diciembre con su abuelo Nazario, y en dos días ya se sabía la historia de memoria.

—Fantasmas no hay —dijo el abuelo—. Lo que hay es mucha imaginación y poca pesca.

Pero tampoco él pescaba en la poza.

En el muelle, una niña flaca de trenzas lo estaba esperando. Se llamaba Yami, vivía en la barra desde que nació y sabía todo lo que pasaba en ella.

—Yo no le tengo miedo al fantasma —dijo—. ¿Y tú?



02

La pared que no se ve

Bajo el muelle, CENTOR conocía cada pilote como se conoce cada rincón de la casa propia.

Era un róbalo largo y dorado, con una raya negra que le corría de la cabeza a la cola como un trazo de tinta. Le faltaba un pedazo de la aleta de la cola.

—Por ahí no —les decía a los demás, cada vez que alguno nadaba hacia el pilote roto—. Ahí está la pared.

Nadie la veía. Pero CENTOR sabía que el que la tocaba se quedaba pegado, y que la pared no soltaba. Ahí se había dejado el pedazo de aleta.





—Esa pared es un cuento de viejos —dijo Ríok.

Ríok era un róbalo joven, del largo de una mazorca, que había bajado del río hacía poco y quería conocerlo todo esa misma semana.

—Yo también creía eso —dijo CENTOR.

—¿Y luego?

CENTOR movió la cola, la que tenía rota.

—Luego ya no.

Ríok se quedó mirando el pilote roto. En lo oscuro no se veía nada. Por eso mismo daban ganas de ir.



03

Las pistas

Tavo y Yami empezaron a investigar como detectives. Yami llevaba un cuaderno; Tavo, una linterna sin pilas, por si acaso.

Pista número uno: el hilo de Chente. Se lo pidieron y lo revisaron. Estaba cortado limpio, como con navaja.

—¡El fantasma tiene cuchillo! —dijo Tavo.

El abuelo Nazario se rio desde su hamaca.

—Eso lo hace el róbalo —dijo—. La tapa de la agalla tiene filo. Si el hilo se le cruza, lo corta como tijera. Por eso los viejos le ponemos un pedazo de alambre.

Yami tachó «cuchillo» en su cuaderno.

Pista número dos: la sombra.

Al atardecer se acostaron boca abajo en las tablas del muelle, con la cara pegada a las rendijas. Abajo, el agua estaba oscura.

Primero no vieron nada. Luego, sombras chicas que iban y venían entre los pilotes. Y luego, muy al fondo, una sombra enorme que pasó despacio, sin prisa, larga como una lancha.

Yami se levantó de un brinco y corrió hasta la orilla.

Tavo no pudo moverse. Se quedó mirando. Y la sombra tenía aletas.





04

El norte

Al día siguiente entró un norte.

El cielo se puso del color del cemento, el viento aventó arena contra las palapas y el mar se levantó en olas cafés. Nadie salió a pescar. Hacía tanto frío que Tavo se puso dos playeras y una sudadera de su abuelo que le llegaba a las rodillas.

—Con el norte, el agua de la orilla se enfría —dijo el abuelo—. El róbalo es de agua tibia. Se mete a lo hondo, donde el frío tarda en llegar.

—¿A la poza?

El abuelo no contestó. Miró hacia el muelle viejo.

En la poza, el agua estaba quieta y un poco menos fría. Ahí se juntaron todos los róbalos de la barra, chicos y grandes, sin pelear, como se junta la gente bajo un techo cuando llueve.

Nunca había habido tantos. Y nunca había habido tan poco lugar.

En el fondo, donde casi no llega la luz, descansaba La Grande: una hembra vieja, el doble de larga que CENTOR, con escamas como monedas antiguas. Se movía tan despacio que parecía que el agua la cargaba.

CENTOR se puso junto al pilote roto. Alguien tenía que cuidar la pared.





05

La Grande

Cuando pasó el norte, el agua se aclaró, y Tavo la vio completa desde el muelle: un róbalo gigante, dorado y gris, quieto en el fondo.

—¡No es fantasma! —gritó—. ¡Es un pescado enorme!

Los pescadores se asomaron. Chente silbó.

—Es La Grande —dijo el abuelo—. Una hembra vieja. Las más grandes casi siempre son hembras. Esa lleva años aquí.

—Entonces ya está —dijo Damián—. El fantasma era ella. Con razón.

Todos se rieron, aliviados. Todos menos Tavo.

—Un pescado no agarra los anzuelos como una mano —dijo bajito.

—Me están mirando desde arriba —dijo La Grande.

—Que miren —contestó CENTOR—. Mientras no bajen.

—Ya no me molesta. —La Grande abrió la boca, despacio, y la volvió a cerrar—. Cuando una llega a vieja, la miran mucho. Yo también fui chiquita, y nadie me veía.

—¿Fuiste chiquita?

—Todos. Lo difícil no es crecer. Lo difícil es llegar a vieja.

CENTOR miró el pilote roto y no dijo nada.





06

Ríok

Ríok esperó a que CENTOR se distrajera.

Quería demostrar que la pared era un cuento. Nadó hacia el pilote roto, rápido, presumido, dando vueltas... y de pronto algo le apretó las agallas.

Jaló para atrás. La pared jaló con él. Jaló para adelante. La pared lo apretó más.

—¡CENTOR!

—¡No te muevas! —CENTOR llegó de un coletazo—. ¡Quieto!

—Mientras más te mueves, más te agarra —dijo La Grande desde el fondo, muy despacio.

Ríok se quedó quieto, temblando, colgado en lo oscuro.

CENTOR dio vueltas alrededor de Ríok. Empujó la pared con la cabeza. Le dio coletazos. La pared no cedía. Un róbalo no tiene manos.

—No te vayas —le pidió Ríok.

—No me voy.

Y no se fue. Se quedó ahí, junto al pilote roto, toda la noche, mientras arriba, en el muelle, se apagaban las luces una por una.

Ya amanecía cuando, entre las tablas, se asomaron dos caras chiquitas.





07

Debajo del muelle

Esa mañana la marea estaba baja y el agua, clara.

El abuelo Nazario sacó de un cajón un visor viejo, de vidrio, y le amarró a Tavo una cuerda a la cintura. La otra punta se la dio a Yami.

—Nomás te asomas —dijo—. No te sueltas del pilote. Y si te digo «arriba», es arriba.

Tavo se sentó en el último escalón del muelle, con el agua a la cintura, se puso el visor y metió la cara.

Abajo, junto al pilote roto, el fantasma se movía.

Era una red.

Una red vieja, enorme, enganchada en el pilote roto, que colgaba hasta el fondo como una cortina verde. Se mecía con la corriente. Tenía hojas, una chancla, dos jaibas enojadas y anzuelos de todos los que se habían atorado.

Y en medio, quieto, con las agallas atrapadas en la malla, un robalito.

A su lado, sin moverse de ahí, un róbalo grande con la aleta rota.

Tavo sacó la cara del agua tan rápido que se le llenó el visor.

—¡Abuelo! ¡El fantasma es una red!





08

El fantasma tenía dueño

El abuelo se metió al agua con su cuchillo de limpiar pescado.

Tardó mucho. Cortaba un hilo, revisaba, cortaba otro, sin prisa, para no lastimar al robalito. Tavo y Yami no respiraban.

Al fin, la malla se abrió y el pez se escurrió entre los dedos del abuelo, de un coletazo, hacia lo oscuro. El róbalo grande se fue detrás de él.

Luego vinieron los pescadores con cuerdas y ganchos. Entre seis sacaron la red: verde de lama, pesada, interminable. Al subirla, chorreaba el fondo de la poza sobre las tablas.

El abuelo se agachó junto a la red y le quitó la lama a uno de los flotadores. Debajo había unas letras rayadas con cuchillo.

Se quedó callado.

—¿Qué dice? —preguntó Yami.

—Dice «Nazario» —dijo el abuelo—. Se me fue en un norte, hace como treinta años. Quise creer que se la había llevado el mar.

Hubo un silencio. Luego Chente soltó una carcajada, y luego todos.

—¡Usted era el fantasma, don Nazario!

El abuelo se rio también, rojo hasta las orejas. Pero esa noche Tavo lo vio sentado en el muelle viejo, mirando la poza, mucho rato.





09

Donde estaba la pared

Esa noche, CENTOR nadó hasta el pilote roto.

No había pared. Donde siempre había estado, ahora solo había agua: agua que se movía, que dejaba pasar, que no agarraba.

CENTOR pasó del otro lado. Despacio. Luego regresó. Luego pasó otra vez, nomás porque podía.

—¿Qué haces? —le preguntó Ríok, que tenía las agallas raspadas y ninguna gana de volver a acercarse.

—Me acuerdo —dijo CENTOR.

Desde el fondo, La Grande soltó unas burbujas que sonaron casi a risa.

Damián colgó la red en la pared de su marisquería, junto a las fotos de los pescados grandes, con un letrero de cartón que decía: «El fantasma de la poza». La gente iba a verla y a tomarle fotos.

Tavo y Yami se buscaron otro caso. Cada tarde recorrían el muelle con una cubeta y recogían lo que encontraban: hilo de pescar enredado, anzuelos, pedazos de red, bolsas.

—Por si hay más fantasmas —decía Yami.

Siempre había.





10

Lo que cuentan ahora

La última noche de vacaciones, el abuelo llevó a Tavo al muelle viejo. Había luna.

Abajo, entre los pilotes, se veían sombras que salían de la poza. El norte se había ido, el agua estaba tibia otra vez, y los róbalos se iban: unos hacia el mar, otros río arriba.

—¿A dónde va el chiquito? —preguntó Tavo.

—Al río, a crecer —dijo el abuelo—. Y cuando sea grande, en alguna noche de luna como esta, bajará a la boca a juntarse con los demás.

—¿Y la red?

—La red ya no pesca a nadie. Ahora nomás cuenta.

Ríok se despidió en la boca del río, donde el agua dulce y la salada se empujan sin ganarse nunca.

—Sube por el río, y luego por el San Pedro, hasta donde el agua se queda quieta —le dijo CENTOR—. Hay un remanso con un mangle viejo que se acuerda del mar. Entre sus raíces hay comida y escondite. Y un pejelagarto gruñón al que más vale no acercarse.

Ríok se fue río arriba, contra la corriente.

CENTOR lo miró irse hasta que la raya negra de su costado se perdió en el agua café.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

El róbalo blanco vive entre el mar y los ríos: los jóvenes crecen en esteros, manglares y aguas dulces, y los adultos se juntan a desovar cerca de las bocas, en verano, sobre todo en noches de luna llena o luna nueva. Le gustan los pilotes, los troncos y las pozas. Es un pez de aguas cálidas: cuando entra un frente frío, busca el agua honda. Casi todos nacen machos y muchos se vuelven hembras al crecer; por eso los más grandes suelen ser hembras. El borde de la tapa de sus agallas es filoso y puede cortar el hilo. Las redes perdidas o abandonadas pueden seguir atrapando peces durante años: por eso les dicen «redes fantasma».

Lo que inventamos

CENTOR, Ríok, La Grande, Tavo, Yami y sus familias son personajes inventados, y también la red con el nombre del abuelo. Los peces no conversan: aquí lo imaginamos. Nunca te metas al agua solo ni cerca de una red atorada: avisa a un adulto o a los pescadores. Y si pescas, respeta las tallas y la veda de tu zona.

Tu turno

Busca «fantasmas» cerca de tu casa: cosas olvidadas que siguen haciendo algo aunque nadie las vea, como una bolsa atorada en un árbol o un hilo de pescar en la playa. Hagan una lista en familia y resuelvan un caso por semana, como Tavo y Yami. Si es en el agua o hay anzuelos, que lo resuelva un adulto.

Para seguir descubriendo

Florida Museum of Natural History · Common Snook (Centropomus undecimalis) · https://www.floridamuseum.ufl.edu/discover-fish/species-profiles/common-snook/

NOAA Ocean Service · What is ghost fishing? · https://oceanservice.noaa.gov/facts/ghostfishing.html

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en noviembre de 2026.

El fantasma de la poza

En la barra de Frontera todos saben que bajo el muelle viejo vive un fantasma que roba peces y corta hilos. Tavo y Yami se proponen averiguar qué es. Lo que encuentran en el fondo de la poza tiene una sombra enorme, un filo escondido y un nombre que nadie esperaba.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Colección Wanha' · Cuento 3 de 5 · Edición visual V3.0 · Noviembre de 2026

Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

CENTOR, nombre propuesto por Erick Yair Vidal Mandujano; Ríok, por Javier Toledo. Del concurso de nombres de los Guardianes de Wanha'.

betafaunaguardianes.pages.dev